

Sergio Magaña

Imaginación y realidad

Joaquín-Armando Chacón

Nacido en 1924 y fallecido en 1990, Sergio Magaña incursionó en el género de la novela con El molino del aire, en 1953, pero su mayor reconocimiento y fortuna literarios le vinieron con su deslumbrante irrupción en la escena teatral, con obras como Los signos del zodiaco, Moctezuma II y Los motivos del lobo, ejemplos de maestría técnica y consistencia argumental.

Para Dionicio Morales

En todas las obras de Sergio Magaña —que abarcan desde obras de teatro de gran importancia, piezas en un acto para niños, una novela y múltiples cuentos— se cumple esa unión, cuyos amarres no son muy visibles, entre lo estrictamente individual con el medio ambiente —por eso su nota característica será, siempre, su profunda humanidad— y sus historias, las del hombre y sus aventuras. Esto es, el hombre de una sociedad ya establecida: personajes (varones, mujeres o niños) cuya estatura siempre es completa y que se nos muestran en todos sus lados, en sus vicios y sus virtudes, en toda su fuerza y con sus desfallecimientos.

Desde su primera importante obra, estrenada en 1951, Sergio Magaña se nos muestra como un autor proletario, en la medida en que lo fueron Máximo Gorki (aquel de *Los bajos fondos rusos*) o John Steinbeck en la novelística norteamericana. Preocupado por la colectividad, *Los signos del zodiaco* enfoca hacia los inquilinos de una vecindad de la Ciudad de México entre septiembre y diciembre de los finales de la Segunda Gran Guerra, con personajes cuyas ilusiones o desalientos mueven a la acción, e introduce en la escena mexicana

los grandes acontecimientos de la vida capitalina y —llamémoslo así— moderna. Muy joven, o demasiado joven en ese entonces, Sergio Magaña (24 de septiembre de 1924) admitió la influencia, la experiencia o visión, de autores como Dostoievski (cuyos personajes sombríos, alucinados y trágicos, encuentran su equivalente en Ana Romana, la portera de esa vecindad), así como las de un autor norteamericano que en ese entonces comenzaba a cobrar fama universal: Tennessee Williams.

El coro de lavanderas, los inquilinos, la dueña de la vecindad y Pedro Rojo naufragan ahí, cada quien a su manera ante la sociedad que contemplan, y cada uno es la sociedad del vecino. Es interesante observar que Magaña se haya sentido inmensamente atraído por el conflicto entre la imaginación y la realidad y a pesar de la diversidad de personajes, este parece ser el lazo de unión entre ellos y le permite que todos sus personajes finalmente se encuentren, creando así una rara trama de unidad dentro de la diversidad. El ensamble de realidad e imaginación entre los personajes puede adquirir, así, curiosos nombres: para Polita y Pedro, el del amor, con diversos aspectos y motivos; en Daniel Borja se llama alcoholis-

mo; en Andrés, homosexualidad; en Lalo, esperanza... y en Sofía, como en los demás personajes, sería desilusión. Y es precisamente Sofía —la hija ilegítima de Ana Romana—, quien después de haberse fugado del internado aparece en escena de la mano de una prostituta, la que despierta el colectivo sentimiento de desilusión.

En 1953 Magaña escribió y publicó una novela, *El molino del aire*, que le conquistó un premio nacional de literatura. Y esta novela cuenta la historia de varios personajes y centralmente de cinco de ellos que existen en un pueblo, un pueblo sin iniciativas que no admite innovaciones, en el que hay una montaña solitaria en donde crecen flores de pericón, y varias iglesias y tranquilidad monástica. Un viento anual choca sin conmiseración contra los campos y las casas. Don Pedro de la Barca, un ser de mezquina figura, busca comprar varios molinos de viento para nixtamal, pues eso se le presenta como la gran hazaña de su vida, ya que teniéndolos se sentirá fuerte, grande y respetado por todos sus conciudadanos, entre los que están su mujer, Honorata, y su hijo Sergio, de seis años de edad: un niño enfermizo y solitario, aun o a pesar de la compañía de una hermosa joven de 16 años, Isabel Sáyago. El quinto personaje es el viento, un viento que según cuenta el niño nace en la montaña. Este viento, que lo asusta y lo atrae, se va acercando lentamente, pesadamente casi, mientras avanza la novela, en una atmósfera de escondida inquietud, pero también morbosa. El autor nos va introduciendo en las vidas de los personajes con aparente sencillez, pero gracias a giros literarios y un total dominio del lenguaje. Y el viento avanza casi al parejo con los preparativos que las gentes distinguidas del pueblo hacen para la fiesta en casa del gobernador. Así sabemos que Honorata tuvo un romance, platónico y lleno de recuerdos, con un joven, Eloy Torres López, que partió un día enlistado rumbo a una rebelión y que ha regresado perturbándola, a ella, con los recuerdos, y a su hijo por su apariencia. Aquí, como en la obra *Los signos del zodiaco*, un personaje que poco antes es ajeno al mundo en que se desarrolla la trama ha regresado, pero sí en la obra teatral la presencia de Sofía da principio a la acción dramática, en *El molino del aire* este personaje, Eloy, es sólo un elemento más, no tan atemorizante como algo que flota en el ambiente y la cada vez más palpable presencia del viento. Isabel Sáyago es casi un personaje mágico, extraño y conmovedor, trazado con ese halo o aura que la literatura encontrará después entre los personajes de Elena Garro y Gabriel García Márquez. Es ella, Isabel, quien nos predice el futuro del pueblo al mostrársenos en una imagen sangrante y deshecha casi al final de la gran fiesta en casa del gobernador y tras sostener una especie de flirteo con el hermano menor de Eloy, quien ahora también se ha enlistado. Los acontecimientos y resultados de la trama se desarrollan a continuación violenta-



Sergio Magaña

mente: don Pedro ha comprado por fin sus molinos (a Estados Unidos), pero tiene un error de cálculo: los molinos son de electricidad y al pueblo aún no llega la luz eléctrica; Eloy Torres López es fusilado y la enfermedad de Sergio se agrava mientras va a un paseo con Isabel. El viento aparece por fin junto a la montaña solitaria, lo golpea y le hace creer en la presencia de un cazador (otro misterioso y simbólico personaje). Y con la aparición del viento entra al pueblo la Revolución. Todo esto implica energía y dinamismo; la culminación llega en una alucinante visión del niño, quien habla de una gran puerta en unos acantilados en la montaña, donde aparece el cazador y hacia donde Sergio va y entra, cayendo en la muerte producida por la tuberculosis.

En esta novela se encuentra claramente conceptualizada una teoría de Sergio Magaña: la de que después de toda gran fiesta ha de venir la catástrofe; la fiesta en *Los signos del zodiaco* se organiza por motivos de la Navidad, y de la catástrofe se salvan sólo tres personajes: la Polita, Lalo Walter (quienes ayudados por Pedro salen a estudiar) y Augusto Soberón, el joven músico, a quien le aceptan una composición. Esto es, Magaña salva de ese infierno incongruente de *Los signos del zodiaco* a los jóvenes y al artista. La fiesta termina ahí, al caer el telón del tercer acto de la obra, melodrama que circunda muy de cerca los vivos colores de la tragedia.

Analizada *Los signos del zodiaco* desde un punto de vista moralista, el bien y el mal están perfectamente definidos, entendiéndolos como fuerzas que actúan por instinto del hombre, ajenos por completo a prejuicios burgueses o teológicos. El bien sin lugar a dudas está afuera de esa vecindad, lo otro se queda adentro.



Cortés y la Malinche, los argonautas escrita por Sergio Magaña, 1985

Esa línea divisoria es más estrecha en la siguiente obra de Sergio Magaña: *Moctezuma II*, escrita entre 1953 y 1954, y reconocida como la primera tragedia mexicana. Esta obra, de indudables méritos escénicos, probó y reconfirmó el verdadero talento de Sergio Magaña, cuya consagración con *Los signos del zodiaco* fue vista con desconfianza por los viejos maestros.

Moctezuma II cuenta la tragedia del último emperador azteca y es una de las piezas teatrales más limpias, de estructura sólida y bien definida del teatro mexicano; sus diálogos precisos y poéticos llevan adelante el drama y le imprimen el aire con que la tragedia purifica por medio de la catarsis escénica.

“Cuando un hombre está fuera de su tiempo, los dioses lo destruyen”, le dice su ministro a Moctezuma, y allí se encierra la tragedia del emperador dentro del escenario, pero la percepción —o le llamaremos intuición— de ese hombre sale del proscenio y se plantea la pregunta (yo la repito): ¿Cuál es el tiempo para él entonces?

Moctezuma, solitario y sin luces en la última noche del imperio azteca, lucha contra los juicios fetichistas del pueblo que lo rodea. La visita que viene a destruirlo se llama Hernán Cortés y sus gentes salen a recibirlo como a un dios, un dios que regresa. ¿Dónde está el bien y dónde el mal? En un mundo no occidentalizado aún, lleno de tradiciones y mitos, su pueblo responde con sus costumbres y también, llegado el caso, con la traición. Moctezuma ofrece entonces su verdad; no es él quien está fuera del tiempo, es el tiempo quien no está con él y ahí queda, luchando en la noche de los tiempos, no contra un dios sino contra un hombre llamado Hernán Cortés. El héroe trágico, encerrado, atrapado, en una unidad de acción y espacio sucumbe, y con él arrastra a la colectividad.

La Historia es una serie de datos, nombres y cifras; una obra teatral no es únicamente eso, sino un universo cerrado en sí, y aun cuando utilice a la Historia, no la necesita. La obra crea sus propios personajes y les da motivaciones y resultados. La Historia no cambia, pero sí puede repetirse: siempre habrá un pueblo o una comunidad a la conquista de un pueblo débil. Y Magaña nos hablará de esto en *Los argonautas* y nos ofrece una solución: unir la fuerza de los débiles para repeler la agresión.

Los argonautas es la otra cara de la moneda ofrecida ya en *Moctezuma II*, y aquí ha cambiado el tono mas no las consecuencias: sigue siendo un pueblo organizado que ataca a otros pueblos, pero estos desunidos y desorganizados, como por ejemplo ha ocurrido en otros países latinoamericanos, y en Vietnam por una potencia militar. Con *Los Argonautas*, Moctezuma crece más: su verdad se llama Civilización, eso que pocos hombres conocen cabalmente y que al emperador le hace actuar como actúa. Con esto encuentro una relación más directa entre los personajes de la obra de Sergio Magaña y que hace crecer aún más la estatura de los hombres de sus historias. Es el hombre en sí que no ha de perecer nunca porque continuamente renace, es el hombre en busca de la civilización y en lucha siempre con la masa popular en un mundo de valores que no son lo que parecen, o que definitivamente están equivocados. Y esto es aún más evidente en la obra teatral *El pequeño caso de Jorge Lívido*, donde un joven detective casi recién llegado a México, al introducir métodos nuevos en la captura de un asesino, ha de terminar por destruir la última esperanza de un hombre, condenado ya al fracaso, destruyendo así también las ilusiones de otros seres inocentes cuya desgracia es rodearlo, conocerlo. Si Jorge Lívido

es la ley no por eso deja de representar el mal, un mal que todo lo corrompe y ensucia como las cucarachas que existen en las paredes y pisos de la casa de huéspedes donde tiene lugar la acción y hasta donde llega la Polita de *Los signos del zodiaco*.

Los motivos del lobo, obra teatral en dos actos, toma su título de uno de los más conocidos poemas del nicaragüense Rubén Darío, para mostrar el drama y la importancia de un hombre, cualquier hombre actual, ante el mundo que lo rodea. Escrita entre 1964 y 1965, se inspira en un hecho que conmovió a la Ciudad de México por esos años: el descubrimiento y encarcelamiento de un padre de familia que secuestró a su mujer y a sus hijos durante más de quince años, obligándolos a vivir encerrados, aislados, sin contacto con el mundo y la humanidad. De ahí parte Magaña, del simple encabezado de periódico, de la nota amarillista, para fondear en una realidad y mostrarla, enfatizando sus errores y su monstruosidad. Tal parece, a primera vista, que busca aligerar de culpa, o excluirlo de ella, a ese hombre acosado por la opinión pública, como antes lo hizo con el personaje histórico de Moctezuma II, pero la intención va más allá, así como la semejanza entre el último emperador azteca, derrotado por la ignorancia y el fetichismo de su pueblo, y el Martín Guolfe de sus motivos. Desde las acotaciones teatrales se trasluce la intención de Magaña, al referirse a la gente de afuera (*vox populi*) como “el pueblo, inconfundible siempre por sus arrebatos sentimentales”, es decir, en el fondo de todo hecho, de cualquier acción —real o escénica— siempre hay dos planos: lo que vemos o nos cuentan y su origen verdadero, sus causas y motivos. En la obra de Magaña los personajes encerrados son seis: el padre, la madre y cuatro hijos de extraño nombre: Lucero del Quince de Septiembre, quien el día en que comienza la obra cumple 17 años de vida, 17 años de encierro; le siguen Fortaleza de los Ángeles, la mayor, de 18 años, y Libertad, dos mujercitas diametralmente opuestas, y Azul del Nuevo Ciclo, el pequeñín.

El apellido Guolfe es utilizado por Sergio Magaña en la pronunciación castellana de la palabra Wolf, que significa Lobo: el hombre que ha construido un muro para defender a sus cachorros del mundo exterior, para salvar “de un mundo erizado de colmillos” que él conoce, a sus motivos: sus hijos, su hogar. Él es el lobo como Eloísa, la madre, es el árbol que ha dado los frutos, las manzanas de la discordia. Y Martín Guolfe, al igual que Moctezuma, tiene a su peor enemigo en casa, en sí mismo, en su fe, en sus hijos, en lo que él ha creado y en la barda que no es suficientemente alta y ancha para que el ruido del exterior no se introduzca en su hogar.

Ese ruido, las murmuraciones, la atracción hacia lo oculto, serán lo primero que atraviese el umbral, después vendrá un mensajero del mundo exterior: la seño-

ra Maud, una mujer otoñal, deseosa de la virilidad del hijo mayor: una señora que trabaja en un puesto burocrático y que ese día insiste en entregarle a la familia Guolfe un telegrama en que un hermano de Eloísa anuncia su llegada, un presagio de que el mundo de afuera, al que Martín Guolfe le ha cerrado la puerta, anuncia que quiere entrar, que ya está listo y dispuesto para el saqueo. Después de la señora Maud y el telegrama (símbolo del adelanto técnico de la humanidad) vendrá, por fin, la muchedumbre, la gente, la mala levadura. La señora Maud —cuyo nombre no por nada significa algo así como “hocicona”— entra primero (mascando un chicle) para entregarles el telegrama y “comunicarles que no están solos”. Ahí comienza el drama de Martín Guolfe: su familia ha sido puesta en aviso del mundo exterior, al que Lucero ha salido ya, la última vez con el fin de comprar regalos para sus hermanos, su madre, y él mismo, pagando con una moneda de oro: “Eso que afuera es muy difícil ganarlo” y que adentro del muro anda regado por el sueño y sirviendo de juego a los niños, pero Lucero ya sabe que con eso se compran regalos, y



Los enemigos de Sergio Magaña, 1989

las veces anteriores que ha salido ha sido para mirar, curiosear, oír canciones modernas y acostarse con la señora Maud —conocer a la mujer—, pero ahora, hasta para Lucero y Eloísa, el mundo de afuera será más tentador y Martín Guolfe comenzará a convertirse en un monstruo. Un monstruo ególatra que es incapaz de oírlos, de entenderlos. Sólo Libertad, la hija menor, cuyo nombre es un símbolo, estará de su lado.

Los tres niños mayores (Fortaleza, Lucero, Libertad) son, en sí mismos, los que marcan el tono de la obra, ese tono perteneciente al más puro realismo: el realismo poético. Los tres personajes son ya un encuentro. Independientes, tiernos, chispeantes, a veces justos, otras crueles, pero siempre patéticos y atrapados en, como diría Magaña, “la catástrofe de los acontecimientos”, unos acontecimientos cuyo centro son ellos mismos y ellos también son un extremo. El otro extremo es lo que está fuera de la barda: la multitud, la sociedad. En el centro está Martín Guolfe, un lobo que defiende su libertad, la de educar como mejor le plazca a sus hijos, unos hijos nacidos del amor y la renuncia.

Fortaleza tiene 18 años, es romántica por naturaleza y por las lecturas a que está acostumbrada: imagina el mundo como si fuera un grande y bello príncipe azul. Y Fortaleza tiene, irremediablemente, que enamorarse del único joven que conoce: su hermano Lucero. Pero su amor no es por la persona en sí, sino amor de amor, pues ella quiere vivir lo que ha leído, experimentar la emoción que recibe de los libros, ser y vivir *Romeo y Julieta*, y eso es algo de lo que comienza a minar la resistencia de los muros.

La mala levadura que el hombre en sí ya lleva cargando, el (¿por qué no?) pecado original, un pecado —hay quienes le llaman maldad— al estilo de William Faulkner o Fiódor Dostoievski, puesto que es del hombre, le pertenece. ¿Es esto lo que ha querido decirnos Magaña? Fortaleza, la niña romántica, no encuentra nada de malo en las relaciones que pretende tener con Lucero; es (y serán los demás, los de afuera) Eloísa, la que conoce el mundo, lo malo, el pecado, quien advierte lo ilícito, y es Lucero —el niño que ya conoce a la mujer, aunque esta mujer sea la señora Maud— quien rechaza el amor limpio de Fortaleza. (¿Qué hubiera pasado si Lucero no conociera el exterior?). Y es entonces cuando Martín Guolfe, al enterarse, se muestra más claramente en su ingenuidad y en su enorme fe, aun cuando su pilar más fuerte ha sido derrumbado: Eloísa. Y habla entonces de “noches que no son nada, sólo unas horas, un polvo de tiempo, nada”. Porque Martín Guolfe está ya más allá del tiempo y del bien y del mal, está en el día primero y él es Adán buscando construir un mundo nuevo, limpio y, paradójicamente, sin barreras. Y por eso se resiste a las súplicas de su mujer y achaca la culpa al desmoronamiento de su hora al visitante que esperan, Pedro: “la piedra”.

Martín Guolfe, al igual que Moctezuma, vive el último día de su vida, y mientras más se acerca la hora, más fuerte y consciente de su acto va tornándose. Lo único que pide, al igual que Moctezuma, es tiempo. Ese tiempo que para él es nada. Magaña conoce a su personaje, sus ironías, sus quebrantos porque el héroe es un hombre, conoce su agresividad y su enojo, su soledad de lucha —y no hay peor soledad que cuando el hombre se ve abandonado sin poderse referir a la traición porque sabe que no hay traición sino tan sólo ese abismo que lo separa como el infinito del sentido de la regla, lo bueno o lo malo, que él rechaza—, y quizá, como Moctezuma es Martín Guolfe, este es Sergio Magaña.

Lucero es la primera luz, el primero en salir, el primero en contaminarse, pero también, al final, será el primero en arrepentirse, y será demasiado tarde, pues ya el día habría salido.

Libertad, la niña mimada del padre, la revoltosa, la de la palabra justa para denominar las cosas, ya sea un papalote o un deseo, es a veces un personaje irreal, como su símbolo, y como tal es de contrastes. Su lenguaje es poético para contar la historia de los demás e irreverente para gritar hacia afuera, porque a pesar de su corta edad de siglos sabe que ahí afuera, ella (Libertad) no existe.

Eloísa, la madre, el árbol, es el personaje más realista y el más conmovedor por la cercanía hacia el común. Es ella la inductora, la del miedo no vencido a pesar de la distancia de los 17 años de murallas y defensas. Es ella la de la llave guardada, la que cierra y abre la puerta, la del mensaje final, porque desgraciadamente vivimos entre hombres y no entre lobos ni cachorros.

Y si en *Los signos del zodiaco*, Sergio Magaña ha cerrado la puerta y encierra al mal, en la casa de Martín Guolfe se lucha por abrirla, y esa es una última premisa: abrir la puerta aunque entre el mal, la sociedad.

Y la familia lo espera, desde la cabeza —Martín con rabia e impotencia ante los acontecimientos— hasta el más pequeño, Azul, con ingenuidad y las manos amarradas por su hermana Libertad (una de las más hermosas y patéticas hijas de Sergio Magaña). Después, ella se emborrachará y, entre maldiciones y citas de *Fausto*, esperará a los de afuera de la misma manera en que Moctezuma espera al invasor.

Y la gente irrumpe en el hogar de Martín Guolfe, en la libertad individual de la vida privada de cualquier hombre, mientras afuera, en las calles, el inconfundible pueblo de arrebatos sentimentales, ondea banderas y contempla un desfile que conmemora la Independencia de un país. **U**

Conferencia dictada en la Sala de Arte del Organismo de Promoción Internacional de Cultura, de la Secretaría de Relaciones Exteriores, de la Ciudad de México, el 5 de septiembre de 1968.